

Entre las malas inclinaciones que suelen tener los jóvenes americanos, la más común y no la menos perniciosa es la inclinación á publicar revistas literarias.

Apenas hay allá grupo de muchachos acomodados que un día ú otro no salga con su revista, donde los fundadores tienen luego la satisfacción, quincenal ó mensual, de ver impresas sus precoces imbecilidades.

Se me dirá que en todas partes cuecen habas y vanidades pueriles, y no lo negaré; pero tampoco se me ha de negar que es en América donde cuecen á calderadas esas últimas legumbres.

Por acá no se da más que algún caso que otro.

Alejandro Pidal, por ejemplo, cuando era muchacho y estaba al mejor estudiar, se juntó con otros tres ó cuatro chicos, hijos también de moderados pudientes, y juntos

comenzaron á publicar, para irse enseñando á escribir, una revista en papel satinado que se llamaba *La Cruzada*.

¡Así; ni una letra menos!... *La Cruzada*... Yo no sé cómo no tembló la tierra.

El mismo Pidal, cuando ya iba cerca de ser Ministro, fundó otra revista, la *Revista de Madrid*, para desahogarse en ella de la bilis que le hacíamos criar los redactores de *El Siglo Futuro*, esterilizándole el famoso llamamiento á las honradas masas.

Recientemente Emilia Pardo... Pero, en fin, la verdad es que para una Emilia Pardo que funde aquí un *Teatro crítico* poco más que para en casa, hay allá, en América, docenas y centenares de Emilios Morenos que fundan revistuchas literarias *uti vocant*, para ver sus nombres en letras de molde y llamarse unos á otros á boca llena *genios*, ó por lo menos *modernistas*.

Vale Dios que las tales revistuchas suelen vivir muy poco; porque en cuanto se les pasa á los fundadores el letargo de la primera hartura de su vanidad, comienzan á sentir el escozor en el bolsillo y...

Cuatro ó seis meses nada más es lo que suelen tener de vida. Un año cuando mucho. A dos pocas llegan.

Verdad es que tampoco acá las de Pidal pudieron alcanzar esa duración de dos años, ni la de Doña Emilia Pardo Bazán pudo pa-

sar de tres, y aun si llegó fué con muchísimo dispendio de intereses.

Por cierto que el *Teatro crítico* de Doña Emilia murió al medio año no más de hárselo yo profetizado en el *primer montón* de RIPIOS ULTRAMARINOS, y murió disparando flechas contra mí, queriendo imitar á los antiguos parthos, aunque sólo en el disparo y no en la puntería, á Dios gracias.

Y por cierto que yo no me había enterado todavía cuando publiqué el *segundo montón*, ni me enteré hasta poco hace, y eso por un periodiquín de América, que, á solicitud probablemente de Doña Emilia, reprodujo su artículo.

Mas dejemos ahora á Doña Emilia, á quien he de contestar más despacio, y por de pronto Dios les libre á ustedes de sus cuentos y de las revistas americanas.

Verbigracia, de la *Revista Azul*, de Barranquilla, semillero de ripios tan fecundo, que sin escoger, en un número cualquiera, se encuentran los suficientes para cargar un carro.

Figúrense ustedes que tropiezan con el número 10 y le abren, y aun sin necesidad de abrirle, con sólo levantar la azul cubierta, se encuentran ustedes en la portada con una composición titulada *Toque de alba*, fechada en Panamá y firmada por *Adolfo Garcia* (muy señor nuestro), *colombiano*.

Toque de alba...

El asunto promete; pero ya verán ustedes cómo no cumple.

«TOQUE DE ALBA

¡Despertad, despertad!...»

Bueno, ya estamos despiertos—me dicen ustedes,—sin necesidad de que se nos llame dos veces... No crea D. Adolfo García que somos aquí tan dormiceros...

Y prosigo:

«¡Despertad, despertad! una voz clama,
Y en tanto, viento, que cantando llevas...»

Como ven ustedes, el poeta no habla con nosotros, sino con el viento, vamos, con el aire, sin duda por no saber el refrán que dice que «al tonto y al aire se les deja en la calle.»

Verdad es que, aun los que le sabemos, también le olvidamos algunas veces.

Decía que el poeta habla con el viento, y comienza levantándole un falso testimonio, pues le dice que canta ó que lleva no sé qué *cantando*, y bien saben ustedes que esto no es verdad, porque el viento no canta.

Lo que suele hacer es silbar, que no es lo mismo precisamente..

Pero como algunos vates también dicen que cantan, y ellos mismos lo creen buenamente así, mientras que en realidad silban ó aullan, de aquí pueden venir ciertas confusiones. Pero

«¡Despertad, despertad! una voz clama,
Y en tanto, viento, que *cantando* llevas
Soplos de *vida* á la *enfermiza* dama,

(Y á cualquiera, aunque no sea dama enfermiza)

Un olor *capitoso* á flores nuevas...»

¿Me preguntan ustedes qué es olor capitoso? Pues no lo sé; en conciencia no lo sé. Creo que debe de ser algo así como olor de ripio...

Pero miraremos el *Diccionario*, y así, ya que no sepamos lo que es, sabremos siquiera lo que no es; lo que los académicos digan.

Capil... Capir... Capis... ¡Ya pareció!
«CAPITOSO... ant., caprichudo, terco ó tenaz...»

Bueno. De modo que si la de los académicos valiera, no iba yo descaminado del todo, pues si olor capitoso no es precisamente olor de ripio, es olor de vate americano...

Porque ¡cuidado que son tercos! ¡No hay quien los convenza!

Todos los días predicándoles que lo dejen, que lo hacen muy mal, y ellos erre que erre...

«¡Despertad, despertad! una voz clama,
Y en tanto, viento, que *cantando* llevas
Soplos de *vida* á la *enfermiza* dama,
Un olor *caprichudo* á flores nuevas
Por el *cálido* ambiente se derrama.»

Claro que el ambiente, á la hora del toque de alba, no tiene nada de *cálido*; pero tampoco el olor de las flores nuevas es terco ni caprichudo, ni el viento lleva solamente soplos de vida á la dama enfermiza, ni se los lleva *cantando*, ni es probable que ninguna voz clame ¡despertad, despertad! ni nada de lo que en su primera estrofa dice el vate resulta cierto...

Adelante:

«Clava el rey Febo sus saetas de oro
En las crestas del monte...»

Bueno, que las clave. No nos opondremos, ¿eh?

«Clava el rey Febo sus *saetas de oro*
En las *crestas del monte*, y *reposado*
Rumia el *robusto* y *corpulento toro*...»

¿*Totoro*?... ¡Malo! Esto va muy malo: ese *totoro*, corpulen... *to-to-ro*, revela una falta de oído poético desconsoladora.

Verdad es que ya revelaban esa misma falta las tres erres fuertes seguidas de *reposado*, *rumia*, *robusto*.

Aparte de los ripios *robusto* y *corpulento*, que vienen á ser casi una misma cosa.

Y aparte de la transición brusca desde las *saetas de oro* que el rey Febo *clava* en las crestas del monte, imagen extravagante y mal escogida del amanecer, al *reposado*, *robusto* y *corpulen*... *totoro* rumiante, que nada tiene que ver con las susodichas saetas, y que lo mismo rumiaría aunque no amaneciese.

Porque... no vaya á creer el Sr. García que los *totoros* corpulentos, robustos y reposados no rumian de noche.

Continuemos:

« y *reposado*
Rumia el *robusto* y *corpulento toro*,
Mientras el ágil *potro* por el *prado*...»

¡Vuelta la burra al trigo!...
Se conoce que el vate es aficionado á los ternos de letras...

Antes las tres erres... *Reposado*, *Rumia*, *Robusto*. Ahora las tres pes: *Potro* Por el *Prado*.

Allá en los primeros malaventurados tiempos del liberalismo en España, hubo un Gobernador de Madrid muy mediocre, que se llamaba D. Pío Pita Pizarro, y le llamaban el Gobernador de las tres pes.

Así va á haber que llamar también á este Sr. García: el vate de las tres pes.

Pero hay que seguir:

« y Reposado
Rumia el Robusto y corpulen-to-to-ro,
Mientras el ágil Potro Por el Prado
Salta y afina su clarín sonoro.»

¿Que qué quiere decir con esto de *afinar el clarín sonoro*, me preguntan ustedes?...

Supongo que quiere decir que relincha; pero no dice bien, porque relinchando, lejos de afinar el clarín sonoro, le desafina, pues todas las cosas se estropean y desafinan con el uso, y los clarines se enronquecen.

Vamos adelante:

«Bajo las altas y floridas frondas.»

Las hojas no florecen, ¿eh?

«Bajo las altas y floridas frondas
Raudo rueda el arroyo...»

¿No había por ahí más erres?...

Nada... que sigue el hombre empeñado en hacer ternas con las letras más fuertes.

Raudo Rueda el a-Royo... Que tampoco rueda... ¿Qué ha de rodar?...

«Bajo las altas y floridas frondas
Raudo rueda el arroyo, en cuyas linfas...»

Conste que no me han de sorprender las *ninfas*: las veo venir.

«Bajo las altas y floridas frondas
Raudo rueda el arroyo, en cuyas linfas
Mojan sus largas cabelleras blondas
Entre risas y estrépitos las ninfas...»

¿No lo dije?... Pero ¿mojan las cabelleras largas y blondas *entre risas y estrépitos*?...

«Mojan sus largas cabelleras blondas
Entre risas y estrépitos las ninfas
De curvaturas amplias y redondas.»

¡No, que serían cuadradas! ¿Ha visto el vate curvaturas cuadradas?

A ver qué más:

«Y por la verde y húmeda sabaná...»

Bueno: pase la *sabana, verde y húmeda*, naturalmente; estando verde...

«Y por la *verde y húmeda sabana*
Cruza *cantando* la zagala airosa...»

Se conoce que en América todo va cantando: el viento, *cantando*; la zagala, *cantando*... Sin contar á los innumerables vates *cantando*...

«En *tanto*, viento, que *cantando* llevas...
Cruza *cantando* la zagala airosa.»

¡Que Dios les conserve el buen humor!

«Y por la verde y húmeda sabana
Cruza *cantando* la zagala airosa,
Mientras tocan los pájaros su *diana*.»

¡Al revés me la vestí!... De los pájaros, que realmente cantan, dice usted que *tocan*.
¿Cuándo ha oído usted tocar á los pájaros?
Verdad es que como había usted puesto ya tantas cosas *cantando*, no se atrevería usted á poner una más, y resultaron los pájaros tocando la *diana* en lugar de cantarla.
¡Cuánto mejor le hubiera sido á usted suprimir el *cantando* del viento, que no canta nunca!

Y luego, ¿para qué puso usted *su diana*?

¿Para echar á perder el verso? Pues lo ha conseguido usted, porque el vocablo *diana* tiene tres sílabas: *di-a-na*; y reduciéndole á dos, resulta durísimo el verso

«Mientras *tocan* los pájaros *su diana*.»

Y si hubiera usted suprimido el *su*, dejando

«Mientras *tocan* los pájaros *diana*,»

hubiera resultado un verso agradable, sin más defecto que el de cambiar malamente el canto por el toque.

«Y por la *verde y húmeda sabana*
Cruza *cantando* la zagala airosa,
Mientras *tocan* los pájaros *su diana*,
Y en su lecho de mimbres, *voluptuosa*,
Duerme la joven musa americana.»

¡Ay!... ¡Por desgracia, no es verdad! Bueno sería, sí, muy bueno sería; pero no es cierto. La joven musa americana no duerme.

Desgraciadamente, está demasiado despierta, inspirando de continuo simplezas y *voluptuosidades* y majaderías á los jóvenes vates de su país.

Y aun á los viejos.

¡Es un tesoro esta *Revista Azul!*

Sin más trabajo que el de volver la primera hoja, nos encontramos en este mismo núm. 10 con otra composición poética, ó, mejor dicho, con otra tirada de versos malos, titulada *Abanico Luis XV.*

El autor es un apreciable joven mejicano, José Juan Tablada, que también forma entre los *poetas vivos* del *Libro nacional de lectura.*

La composición de ahora empieza así:

«Bajo las frondas de ideal Versalles...»

Ustedes creen que esto es un verso endecasílabo, naturalmente; porque lo es, y no malo...

Pero el autor no le ha querido hacer endecasílabo, sino de diez sílabas, para lo cual no sirve.

¿Que cómo sé yo que el autor ha querido

que eso sea un verso de diez sílabas?...
¡Toma! Pues porque son de diez sílabas todos los que vienen detrás; razón por la cual éste también se ve forzado á serlo.

¡Y tan forzado!

Como que hay que reducir la palabra *i-de-al* á dos sílabas, pronunciando *i-dal* ó *di-dal*:

«Bajo las frondas—*didal Versalles*
O en los *boscajes*—de algún *Trianón*,
Entre *floridas*—y *angostas* calles,
Triste y pausada...»

¿No hay más epítetos?...

«*Triste y pausada*—cruza *Manón.*»

Triste y pausada la heroína, *floridas* y *angostas* las calles; y los *boscajes* con que termina el primer hemistiquio del segundo verso, asonantes de *Versalles...*

Continuemos:

«Dan á su paso—los *brodequines*
De *altos tacones*—blando oscilar...»

Oscilará el cuerpo, no el paso. Y aun la oscilación del cuerpo no se la darán los *borceguíes* ó *brodequines* de *altos ripios*, digo, de *altos tacones*, que, por el contrario, im-

ponen á quien los usa la necesidad de andar derecho y sin oscilar, para no caerse.

«Dan á su paso—los *brodequines*
De *altos tacones*—*blando* oscilar,
Y su *amplia* falda—de *albos* satines...»

Sería de *satín*, *albo* ó no *albo*, pero no de *satines*. ¿En una sola falda iban á entrar varios *satines* distintos y todos *albos*? ¿Para qué?...

¡Ah! ¡Ya caigo! Para concertar con los *brodequines*...

«Y su *amplia* falda—de *albos* satines
Fru-frus y aromas—deja al pasar.»

Como ustedes ven, la generosidad del autor en materia de adjetivos raya en *de-roche*...

Los *satines albos*, la falda *amplia*, el oscilar *blando*, los *tacones altos*...

Otra estrofitita:

«Hacia el estanque—va *taciturna*,
Donde á los rayos—del *áureo* sol...»

No podía menos el sol de ser *áureo*... ó cualquiera otra cosa. Dada la generosidad del autor, ¿cómo le había de dejar sin ningún regalo?

¡Con que no ha querido dejar de llamar *taciturna* á la heroína, y eso que ya la había llamado *triste y pausada!*

«Hacia el estanque—va *taciturna*,
Donde á los rayos—del *áureo* sol
Negros tritones—*vuelcan* su urna...»

¿Tritones, ó interventores?...

¡Mire usted que unos tritones con costumbres electorales!... ¡Volcando la urna como cualquier presidente de mesa!

Es verdad que como el sistema electoral está ya tan desacreditado entre los hombres, puede ser que quiera refugiarse entre los peces...

«Hacia el estanque—va *taciturna*,
Donde á los rayos—del *áureo* sol
Negros tritones—*vuelcan* su urna...»

Negros... es decir, liberales... Naturalmente... Por eso tienen la costumbre de volcar la urna en caso de apuro.

«*Negros* tritones—*vuelcan* su urna
Y *airado* soplan—su caracol.»

¿*Airado* el qué?

Porque para ser los tritones *negros*, después de volcar la urna, debía decir *airados*.

Y si el *airado* es el caracol, me parece una crueldad lo que hacen con él los pícaros de los interventores electorales, digo, de los tritones...

¡Pobre caracol!

Está *airado* y además le soplan.

Verdad es que otro tanto suelen hacer por acá los tritones, digo, los interventores, con cualquier candidato de oposición... Después que está *airado*, le soplan... el acta.

Fuera de bromas: el caso es que el vate, como había repartido ya tantos epítetos, al llegar al caracol le hizo *airado* para no dejarle *desairado*.

Y sigue:

«En vano un lirio—del vaso *regio*
Prendió en las blondas—de su corsé;
Leyó los versos—de un Florilegio
Y al clavicordio—tocó el minué.»
(¡*Pero qué cosas*—¡oh vate egregio!
Pero qué cosas—nos cuenta usted!)

Y continúa:

«Nada ha calmado su *torva* fiebre...»

Como la fiebre no se ve, no se puede saber si es *torva*. Pero como los vates ven todo lo que se les pone en la cabeza...

«Nada ha calmado su *torva* fiebre:
Ni *blando* paje, ni *fiero* alcón,
Ni la diadema donde el *orfebre*...»
(Déjame ¡oh vate! que yo celebre
La palabreja de tu invención.)

Por lo demás, el alcón *fiero*, el paje *blan-*
do y la fiebre *torva*...

—¡Ya se están acabando los llaveritos!—
suele decir un vendedor en la Puerta del
Sol, todo liado en inmensa cadena de lla-
veros.

Así se me figura oírle decir al Sr. Tabla-
da. Ya se están acabando los epítetos... y
le salen epítetos por todas partes...

Continuemos:

«Es que la hiere su *enamorado*...
Y Manón llora su *infel* desliz...»

Hombre, el desliz no es *infel*. Es infiel
el que se desliza.

Así como tampoco será su *enamorado* el
que la hiere de esa manera. Será su *amado*,
que no es lo mismo.

«Por eso *triste* se ha *doblegado*
Y palidece la flor de lis...»

Qué flor de lis sea ésta que palidece, no
se llega á saber por lo claro. Acaso el lirio

del vaso regio prendido en las blondas del
corsé... Acaso... Pero la verdad es que no
importa mucho.

Otra estrofa:

«Al *dulce* nido que los espera
Ya no irán juntos, *llenos de amor*,
En *blasonada* y *azul litera*...»
(¿No era lo mismo de otro color?)

Lo digo porque *azul litera* es muy duro
de pronunciar con las dos *eles* juntas.

Vamos andando:

«Y ya en la ojiva *llena de esmaltes*
Que orna el escudo *noble y condal*...»

Me parece que con el adjetivo *condal* era
bastante para dar á entender que el escudo
era noble.

Pero no era bastante para llenar el verso:

Y para este mismo fin de llenar el verso
hubo necesidad de *llenar* de esmaltes la
ojiva al comenzar esta misma estrofa, y de
llenar de amor á los novios en la prece-
dente.

Demasiadas llenuras.

Adelante:

«Y Manón sueña... ramajes finos
Tienden *arcadas de pastoral*;

Nunca crearon los gobelinos
En sus tapices *pastora* igual.»

¿Y qué son arcadas de *pastoral*?

Pastoral es la exhortación que el Obispo dirige por escrito á sus diocesanos.

Porque lo perteneciente á pastores de ganados se suele llamar pastoril.

¡Arcadas de *pastoral*!...

Bueno. Vamos con la última estrofa:

«Y en el estanque de tonos *glaucos*.»

¡Aprieta!... Bien decían los latinos: *in cauda venenum*... Lo último lo más malo.

«Y en el estanque de tonos *glaucos*
Se *irisa* el chorro de un caracol...»

¿Pero es de aquel mismo caracol airado al que soplaban los tritones?

Lo pregunto por curiosidad nada más; de modo que si no me lo dice el autor, me quedo tan tranquilo.

Pero si me lo dijera, le preguntaría también qué chorro es ese que se *irisa*, ó si es que cada caracol tiene precisamente un chorro... ¿Y cómo son los tonos *glaucos*?... Aunque supongo que serán como el *agua glauca* de Ruben?...

«Y en el estanque de tonos *glaucos*
Se *irisa* el chorro de un caracol,
Y Manón sueña bajo los *sáucos*...»

Se dice *sáucos*, ¿estamos?

Pero, en fin, había que poner consonante á *gláucos*, y á no haber dicho en latín que había *paucos*, puede ser que no se hubiera encontrado otro.

Ahora, si me preguntan ustedes que por qué se llama esto *Abanico Luis XV*, tengo que confesar que no lo sé, ni apenas me atrevo á sospecharlo.

Como no sea porque aquel rey de Francia hizo muchísimas bobadas...

Aunque no consta que las hiciera abanicándose ni escribiendo versos.

Del mismo corte que la precedente es la composición del Sr. Tablada que figura en el *Libro nacional de lectura*.

Los coleccionadores advierten al insertarla que el Sr. Tablada pertenece á los *decadentistas*; pero que ellos son ecléticos y admiradores de lo bello, sea cual fuere la forma en que se les presente; vamos, aunque no sea bello...

Como no lo es la *poesía* del Sr. Tablada.

Se titula *Japón*, y está escrita en el mismo metro y con los mismos ripios que la titulada *Abanico Luis XV*, salvo, en cuanto al metro, que en la del *Japón* no son

agudos todos los versos pares, como en la pasada.

Así empieza el *Japón*:

«Aureo espejismo, sueño de opio,
Fuente de todos mis ideales,
Jardín que un raro kaleidoscopio
Borda en mi mente con sus cristales...»

Bordar en la mente... con cristales...
Pues por este estilo es toda la composición. Muchos ripios, muchos versos defectuosos y muchas imágenes extravagantes...
En la tercera estrofa se lee:

«Por tí mi numen renace ahora
Y en mi alma escéptica se derrama...»

Esto no es verso de diez sílabas, ó de dos veces cinco, como los demás de la composición.

Para que suene como tal, hay que descomponer la palabra *escéptica* y recitarle así:

«Y en mi alma escépti-case derrama.»

Y dice la estrofa siguiente:

«Tú eres el opio...»

¡Ay! ¡Por Dios! Que es ya el segundo

opio, Sr. Tablada... No nos lo dé usted más.

«Tú eres el opio—que narcotiza,
Y al ver que aduermes—todas mis penas,
Mi sangre, roja sacerdotisa,
Tus alabanzas—canta en mis venas...»

¡Ave María purísima!

Me parece que ni entre las locuras de Ruben Darío he leído mayor extravagancia que ésta de llamar á la propia sangre sacerdotisa roja...

Y luego hacerla *cantar*... (Las mismas aficiones de Adolfo García, el colombiano, que presentaba cantando á todo el mundo, menos á los pájaros que cantan...) Hacerla cantar á la sacerdotisa roja, dentro de las venas, las alabanzas del Japón...

¡Qué lástima!

Porque este joven también tiene imaginación, como el protegido de D. Juan Valera. ¡Pero la tiene tan desarreglada!...

Como que después de ser inadmisibile la estrambótica imagen de la roja sacerdotisa aun para presentada una sola vez, todavía vuelve sobre ella y la amplifica en la estrofa siguiente:

«¡Canta!...»

Vuelve á insistir en que la sangre canta...

«¡Canta! En sus cauces—corre y se estrella
Mi tumultuosa—*sangre* de Oriente,
Y ese es el canto—de tu *epopeya*...»

El vate no escribe así, sino *epopeya*; pero escribiéndolo bien no es consonante de *estrella*.

Como tampoco lo era *sacerdotisa* de *narcotiza*.

Hay algunas cosas que no aprenden nunca los americanos...

Y lo malo es que son más que algunas...
Otro golpe:

«Surgen los salmos de mis cantares
Cuando tus altas glorias *celebro*,
Y arde en las urnas de tus altares
Fósforo ardiente *de mi cerebro*...»

¿Será verdad?... ¿Habrá habido trepanación?...

Entonces ya me lo explico todo... Hasta lo de la *sacerdotisa roja*...

Otro golpe todavía:

«De tus princesas y tus señores
Pasa el cortejo *dorado y rico*,
Y en ese *canto de mil colores*...»

¿Canto rodado?... Porque los otros cantos, los de cantar, no tienen colores sino

para los ojos empecatados de los *decadentistas*.

«De tus princesas y tus señores
Pasa el cortejo *dorado y rico*,
Y en ese *canto de mil colores*
Es una estrofa cada *abanico*...»

¿Al abanico volvemos?...
No: basta, basta.